

en



*El mar abierto me llevó y me trajo.  
El cielo se puso gris y las olas desaparecieron.  
El agua ya no tenía el mismo color.  
Vi los pájaros y vi los camalotes que  
acechaban a la orilla, debía estar llegando  
a tierra. — Ana López*

—I—

De los pequeños paisajes de Finisterre queda poco, ¿cómo no leerlos como un todo? ¿Como señal pero también como parte de una vida que se va deformando en fantasía?.

La historia comienza con tres exposiciones: la primera en la Capela do Pilar, en Corcubión, la segunda en Escola da Praza, en Cee, y la tercera en la Biblioteca Pública Municipal de Fisterra. Tres muestras que son una sola en la vorágine del mes de agosto de 1992, la primera entre 1 y el 9, la segunda del 10 al 18, la última del 19 al 25 en Galicia (Ana había viajado a España luego de recibir una beca de la Fundación Antorchas). La misma muestra viajando a distancias cortas con solo un día de montaje entre medio, la presentación en una región lejana pero tan cercana en la clásica historia de la inmigración familiar. Ana pintaba en la resaca del mar de Finisterre, sobre lo que salía del mar: pedazos de barco, bolas, agujas de pesca, redes, etc. Las primeras lecturas pueden partir de una obriedad por eso es mejor evitarlas, las segundas y terceras la encajan a Ana en una tradición local del desecho (lo que el viento trajo).

En una tapa de la revista de la Agrupación Fisterra Unida se publica una pintura de Ana comprada luego por un gallego: un cristo crucificado divide al medio el paisaje de la costa y el epígrafe de la imagen dice cariñosamente: "Obra de Ana López, hija de Lola Da Conexa y El Xuca". Dentro de la revista otra pintura: "Óleo de Señora Manuela da Conexa", retrato de su tía abuela.

En ese mismo mes de residencia en la tierra de su familia Ana realizó una casual performance de la que no hay registro. Convocó a las mujeres de Finisterre vestidas de negro al aire libre, en la costa, con sábanas colgadas en palos que con el golpe del viento hacían sonidos. Sus primos consiguieron que la prefectura anclara sus barcos cerca y tocaran sus sirenas. A esas mujeres Ana le dedica su libro "Ellas", de 2003.

Es una acción hecha allá para acá, creo que Ana pensaba en estas acciones para ella misma: lo que viene luego, en los años siguientes, es la corteza de estas propuestas, un mundo de fantasía que se aleja del anecdótico familiar y de los nombres propios para acercarse al propio nombre y cuerpo ("Sirena", 1993).

Los paisajes que inician esta exposición, realizados a comienzos de los años noventa, no son parte de ella, están en un borde, en la costa de la muestra, casi fuera. Son lo concreto, la geografía que se define y se puede visitar, el inicio de algo, pero también en tiempo pasado (1992 es también 1946 o 1952, años en el que la madre y el padre de Ana se fueron a vivir a Argentina). Estos paisajes están a cuerdas del Bar Miramar, que aún hoy lleva el primo de Ana, pero más que retratos de un lugar, son preguntas que buscan entender un tono de voz o ciertos gestos. Mucho de lo que ahí pasó se perdió, y afirmar desde la pintura es perder nuevamente algo.

En las conversaciones con Ana surgen los nombres de Luis Seoane y Castelao, pintores gallegos que trabajaron distintos sentidos de la identidad a lo largo de su obra. El trabajo de Ana hace lo contrario, huye para buscar un espacio que está mucho más cerca de sus amigxs que de cualquier sentimiento de pertenencia a un territorio.

Por estar en Finisterre Ana no pudo participar en "La Conquista" que al mismo tiempo estaba organizando Liliana Maresca en Buenos Aires, con quien compartieron espacio y vida. Creo que este dato no es menor: son búsquedas cruzadas, necesidades diferentes en un mismo momento. Pero en ambas aparece el trabajo con la resaca de mar y el río, con la palabra y la poesía.

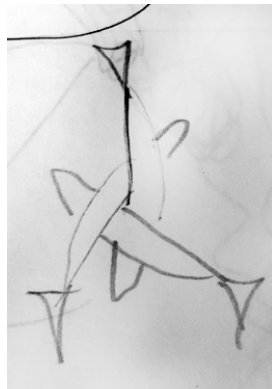
—II—

En la década del noventa hay otras dos exposiciones en las que se da una mezcla rara entre el trabajo colectivo con otros artistas y un posible cansancio de pensar la obra como una repetición de situaciones.

Un año antes de Finisterre, en 1991, Ana mostró con Feliciano Centurión y Heloisa Da Silva, en el Centro Cultural Rojas en una exhibición titulada "Preludio". Ana hizo una escultura que se ubicó en el centro de la sala: cuatro laterales de reja coronados en la parte superior por un plano con un cono, una obra que recordaba a un proyecto conceptual setentista, un objeto poco carismático para la sala del Rojas por parecer exento de cariño; aunque Ana me cuenta que la obra refiere al libro *El monte análogo* de

René Daumal. Este trabajo, que le da forma y duración a un sentimiento de incomodidad, es la última obra que no parte de una historia propia. Eso es lo que dice Ana, aunque siento que más allá que los relatos, muchas veces breves, perduren, la misma idea de historia es diluida por la obra.

La segunda es la realizada en el Centro Cultural Recoleta con el mismo trío al que se suma Juan Pablo Renzi. Acá la obra es colectiva, de a cuatro, titulada "Superficies iluminadas". En ella se presentan instalaciones de pared con combinaciones de materiales buscados o encontrados que cada unx intervino. Ana pintó sobre una serie de maderas y metales un dibujo de tres peces cruzados que le enseñó su abuelo marineró:



—III—

Hoy, en esta muestra Ana presenta un fondo de mar que confunde las geografías. Continúa con una historia ya iniciada, donde sigue teniendo protagonismo la sirena, tal vez su surgimiento, como en el libro *La sirena* que Manuel Mujica Lainez presenta en 1950:

*Va de un extremo al otro de los ríos patriarcales. No teme ni a los remolinos ni a los saltos que levantan cortinas de lluvia transparente; ni al rigor del invierno ni a la llama del estío. El agua juega con sus pechos y con su cabellera; con sus brazos ágiles; con la cola de escamas azules prolongada en tenues aletas caudales color del arco iris. A veces se sumerge durante horas y a veces se tiende en la corriente tranquila y un rayo de sol se acuesta sobre la fresca de su torso. Los yacarés la acompañan un trecho; revolotean en torno suyo los patos y las palomas llamadas apicazú, pero presto se fatigan, y la Sirena continúa su viaje, río abajo, río arriba, enarcada como un cisne, flojos los brazos como trenzas, y hace pensar en ciertas alhajas del Renacimiento, con perlas barrocas, esmaltes y rubíes.*

—¿Has encontrado?  
¿Has encontrado?

Pero acá la protagonista está ausente, se construye o recorta por lo que la rodea con el sentido inventivo y cambiante de plantas y animales. Me gustaría pensar en estas esculturas desde sus intenciones, más que desde una mirada externa. Hay invenciones y un catálogo no razonado que solo puede pensarse como una apariencia sensible a partir de las manos. Son un coro, pero no porque canten, sino por estar organizadas y tender un tiempo entre la isla de las emociones y la isla de las palabras (así les dice Ana).

En el libro *El sentido artístico de los animales* Etienne Souriau habla del entusiasmo del cuerpo para pensar posibles coreografías en algunos animales que usan la ficción para crear, como crea un perro en la costa cuando simula pelear o perseguir algo entre las olas, solo para hacerse una aventura. Souriau dice que en la planta obra y artista son uno, no hay distinción o separación.

Para Ana el papel es un amor tóxico, como el barro: la relación parte del rechazo, el daño y la resistencia, es una conquista desde el cariño y desde la posibilidad de que las cosas fallen. Hay una propuesta ficticia de conquista, una ficción por denuncia, pero es otra obra en la que no hay historia posible, no hay fechas precisas, sólo una intención de empezar de nuevo. Algunas lecturas hay que hacerlas desvinculando unas cosas de otras. En la obra de Ana el principio de movimiento parte de la obra y afecta a la artista, por eso es un movimiento que desordena y convierte un cuerpo en un archivo político vivo.

(\*) Título extraído del libro *Copiador*, de Ana López, del año 1994-1995.



*La Sirena*  
por Marta Dillon

Ahora que Finisterre la punta más fina  
podría yacer como una lengua  
bajo una gárgara de mar  
la sirena se ha sumergido antes  
que el desborde de las aguas blancas  
pierda toda consistencia sólida  
La tierra está seca raspa cruje No oye  
su alarma Siente el dolor árido de la costa  
La sirena se hunde  
su sonido es adentro Un continuo  
de latidos y burbujas el gorjeo de las vísceras  
el cuerpo como un guante dado vuelta  
tan sobado que brilla Qué provocadora  
esa orilla que se trajo bajo el mar algunas plantas  
con boquitas rojas de animales casquivanos  
huecos profundos cuevas intestinos todo  
se mece es frágil Piezas espinas antenas  
las manos de la sirena organizan el sustrato  
de olas negras las conexiones entre percebes  
hermafroditas fijos al fondo zoofitos perlados  
lenguas marinas expectantes al roce Qué jardín  
de delicias parido por el fuego del horno  
un vientre hinchado de criaturas desobedientes  
hechas de errores y de escamas de pez de  
pecados  
de risas guardadas en la obra de la artista  
sorda al ruido  
atenta a la creación de sus entidades Un cosmos  
donde ser no imponga más que el cuidado  
de las pequeñas partes de los tentáculos que  
posan  
sus ojos ventosas en el límite  
entre la capa fina de la tierra y el amortiguado  
sonido de las aguas  
El corazón anfibio de la sirena ya no sangra  
destila la materia de lo que será  
un diálogo sin cables ni palabras  
en la maraña del tiempo  
meaciéndose todo en la misma sustancia  
Haciendo a la vez el mundo

Ana López (Buenos Aires, 1977)

Es artista, formada en las escuelas Prilidiano Pueyrredón y Ernesto de la Cárcova. También estudió en los talleres de Juan Pablo Renzi y Juan Carlos Distéfano. Desde los años noventa experimenta con la escultura, la pintura, el dibujo y la escritura. Desde este cruce de disciplinas trabaja sobre los mundos de la intimidad, las relaciones afectivas y las historias que hacen al pasado en su estrecho vínculo con los rituales, la inmigración y la religión. López realizó acciones, instalaciones y escenografías para obras teatrales en auditorios y centros culturales, como el Auditorio Losada, el Parakultural, el Centro Cultural Rojas y el Espacio Giesso.

Tuvo exposiciones individuales y colectivas en el Centro de Arte y Comunicación, el Centro Cultural Recoleta, la Fundación Proa, el Centro de Artes Visuales de Asunción y el Museo de Arte de Rio Grande do Sul (Porto Alegre). En 1992 recibió una beca de la Fundación Antorchas. Se interiorizó en la confección artesanal del papel y creó una línea de papeles especiales abriendo el campo hacia la encuadernación y el empapelado. En 2010 dictó un taller a los artistas trabajadores de una fábrica de impresión masiva en la cual pudo investigar y compartir métodos y técnicas, lo que resultó en la exposición *Imágenes aplicadas* en Suzhou (China). Publicó los libros *Un sueño del siglo pasado* (2001) y *Lourdes Ventura, una vida ejemplar* (2006). También realizó ilustraciones para el libro *Vivir con virus*, de Marta Dillon.

Entre sus exposiciones más recientes se destacan *Las comandantas y las otras... nosotras*, 2020, waldengallery, *Tácticas luminosas*, 2019, Museo Colección Fortabat, *Celebración del día de los santos y los muertos*, 2017, Museo Sívori, y *Recorrido audiovisual*, 2016, Museo de Arte Moderno de Buenos Aires.

Santiago Villanueva (Azul, Argentina, 1990)

Es artista y curador, vive en Buenos Aires, Argentina.

Tuvo a su cargo el área de influencia ampliada del Nuevo Museo Energía de Arte Contemporáneo (La Ene, 2011-2018) y fue curador del ciclo *Bellos Jueves* en el Museo Nacional de Bellas Artes de Buenos Aires (2014-2015). Entre 2016 y 2017 fue curador pedagógico del Museo de Arte Moderno de Buenos Aires. Durante el 2021 fue curador de Programas Públicos y Educación del Malba (Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires). Junto a Fernanda Laguna y Rosario Zorraquín coordinó 2019 Spazio de arte. Entre algunos de sus libros se encuentran: *El surrealismo rosa de hoy* (Ivan Rosado), *Las relaciones mentales*. Eduardo Costa (Museo Tamayo), *Pintura Montada Primicia*. Juan Del Prete (Roldan Moderno), *Mariette Lydis* (Ivan Rosado). Fue co-curador de la exhibición *Traidores los días que huyeron*, del artista Roberto Jacoby, en el Museo de Arte Contemporáneo de Rosario, Argentina. Formó parte del grupo editor de la revista Mancilla. Actualmente es editor de la revista Segunda época. Es docente en la materia Estudios Curatoriales en la Universidad Nacional de las Artes (Argentina).

Marta Dillon (Buenos Aires, 1966)

Marta Dillon es periodista, ese es su segundo oficio. El primero tuvo que ver también con las letras: las dibujaba prolijamente en chapas que serían después carteles de alquiler, venta o permuta de propiedades en la ciudad de Mendoza. Más tarde corrigió los linotipos de la primera tirada de libros de una editorial cuyo nombre ya no importa, cambiando de lugar las figuras de plomo que correspondían a cada letra. Desde esas impresiones hasta los actuales pdf nunca dejó de escribir. Por pura admiración reseñó obra de artistas, sobre todo en los años '90, cuando curó la muestra *Erotizarte* en el Centro Cultural Recoleta, un desprendimiento de la revista El Libertino que editó de manera independiente al principio y hasta la mitad de aquella década. Trabajó en diversos medios gráficos, permaneció en el diario Página12 donde edita el suplemento feminista: Las12. Entre sus libros, elige mencionar los menos periodísticos: *Vivir con virus* (2004, 2016), *Aparecida* (2015) y *La Intensidad* (2021). También realizó guiones de ficción y documentales, entre ellos *La bella tarea* (2012) y *Línea 137* (2020). Se define como eterna aprendiz, activista, lesbiana y feminista. Sabe que el arte no necesita de palabras, pero a veces la poesía puede tomar algo de su aliento. Y viceversa.